

INCENDIOS DE NIEVE.

Dieron las seis y las siete. Las campanadas del reloj de la torre me sacaron del duermevela. Me levanté con la mente un poco ida y los ojos atolondrados por el sueño. Fui hasta la ventana. Con la manga del pijama restregué el cristal limpiando las gotas de agua condensadas por el frío de la noche. Aplasté la cara contra él y vi como la nieve daba resplandor a todas las cosas. Entonces me acordé de la abuela. Siempre decía “Buena es la nieve que en su tiempo viene”.

Cuando era chica, buscaba cualquier excusa para ir a su casa. A veces la encontraba en el huerto, peinándose, sentada al sol, con una palangana en las rodillas. Con lentitud alisaba cada pelo de su melena plateada y luego se lo recogía en un moño.

- Abuela ¿por qué siempre nieva de noche? le pregunté una vez.

- ¡Ay! Hija, la culpa la tienen los ángeles. Dios, cuando quiere que nieve, les manda amasar los copos. Se pasan días y días trabajando. Cuando ya tienen el cielo lleno, abren las puertas y los dejan caer. Y nieva de noche para que los ángeles puedan descansar y vigilar que no se apaguen las estrellas.

Así nos pasábamos las horas. Ella me contaba historias de otro tiempo. Un día dijo:

- Hija, tienes que hacerme una promesa.

- Yo abuela, ¿Qué quieres que haga?

- Cuando muera, prométeme que no me llevaréis al camposanto en coche. Sabes que los viajes me ponen muy mala y me mareo.

- Qué no abuela, que tú nunca te vas a morir, contesté mirando hacia otro lado.

Una noche de febrero se fue. Despacio, sin hacer ruido. Cumplí la promesa.

Sus nietos mayores se turnaron cargando el ataúd a hombros hasta el cementerio.

La nieve seguía cayendo. La calle estaba en silencio. Mirando por la ventana recordó que la abuela siempre decía: “Hija la nieve de esta sierra no es perpetua. Hay vida lejos de ella”.

Sonó el primer toque del alba. En la casa había trájín. Era el día se San Antón.

Después de la misa se bendecía a los animales. Luego había fiesta. Todo el pueblo juntaba huevos, matanza y pitarra. Y la fiesta duraba lo que duraban la comida y el vino.

Salí de casa al rato de amanecer. Un tibio sol se abría paso entre las nubes. Caminé despacio. La nieve blanda se hundía a mis pies. Los mirlos y los jilgueros cantaban alborotados. El ladrido de los perros se oía cada vez más lejano. Llegué un poco sofocada a mi pequeño lago. Yo lo llamaba así. Era un charco escondido, redondo, rodeado de piedras. El agua se deslizaba por una chorrera. Me desnudé deprisa y sin pensarlo, me tiré al agua y crucé el charco de lado a lado. El agua estaba helada. De ella salía un vapor que se perdía en el aire. Salí tiritando pero antes de vestirme rebocé de nieve todo mi cuerpo. Empecé a saltar y a dar gritos. Creo que enloquecí por momentos. Me vestí y volví a casa pisando mis propias huellas. Iba pensativa. Al llegar al pueblo advertí que no oía el ladrido de los perros, el canto de los pájaros, el golpe de la nieve al caer de los tejados. Sólo oía lo que estaba dentro de mi cabeza.

Me asusté un poco.

En la casa no había nadie. Todos estaban en misa. Subí a la habitación. Hice la maleta con las cuatro ropas que tenía. Saqué el dinero que ahorré durante años y me lo guardé bien. Antes de salir, cogí lápiz y papel y escribí una nota:

Queridos padre y madre. Me voy a Madrid en busca de porvenir. No se preocupen por mí. Viviré en casa de tía Jesusa hasta que encuentre trabajo. Cuando me coloque, les escribiré con las señas. Díganle a Manuel que no me espere.

Su hija que les quiere.”

Abandoné el pueblo andando, sin mirar atrás. Al llegar frente a la puerta del cementerio, me arrodillé en el suelo, hice la señal de la cruz con los brazos extendidos y recé en silencio.

El día clareaba.